

Investigación filológica aplicada

Alberto Vital

Sin duda, mis colegas investigadores en humanidades y ciencias comparten conmigo el interés cotidiano de que los frutos de nuestro trabajo representen un beneficio indudable para el país. La satisfacción máxima —la única perdurable— que producen las tareas en el laboratorio, la biblioteca, el aula o el campo, consiste en saber que el conocimiento contribuye en último término a transformar de modo sólido las condiciones de vida de nuestros compatriotas. Como sabemos, la educación es el instrumento más importante de movilidad y de enriquecimiento y maduración de un país. Y la lengua y la literatura desempeñan un papel estratégico en el difícil proceso que con cada ciclo escolar reemprenden millones de niños, adolescentes, jóvenes y adultos de las distintas edades: las numerosas estructuras del idioma cotidiano o estético representan cauces por donde el estudiante aprende a “navegar” por el pensamiento y por el mundo; sin un dominio amplísimo de la lengua en todas las facetas posibles, el alumno está condenado a una apropiación pobre o nula de las nuevas tecnologías: éstas se basan en lenguajes artificiales, y la sintaxis de la lengua natural es el requisito de toda adquisición subsiguiente en el campo de la lógica, la filosofía, la cibernética, las ciencias en general.

El Instituto de Investigaciones Filológicas concentra a algunos de los conocedores más respetados y admirados en temas y disciplinas como adquisición de lengua materna y lingüística hispánica, lenguas indígenas y discursos sociales, edición crítica de textos literarios y no literarios, literatura mexicana y de hecho literatura en su conjunto. Pienso que, al lado de la rica e importantísima investigación pura que se practica entre nosotros, es posible fortalecer la presencia social de la filología mexicana en el momento actual si se incrementan los trabajos de investigación aplicada, que fructificarían en la edición de textos impresos y electrónicos, destinados a enfrentar el grave problema de la pérdida del dominio competente —y competitivo— de la lengua y de la cultura de generaciones de mexicanos sujetos al influjo funesto y al daño diario de casi toda la televisión comercial y de otras instancias generadoras de estereo-

tipos, muchos de ellos francamente contrarios a una sana convivencia social.

La universidad cuenta con cuadros humanos que cualquier editorial mexicana o extranjera a la vez envidia y aprovecha. Con el apoyo de esos recursos podría pensarse en un programa editorial que aumentaría la presencia de nuestra casa de estudios en las selecciones de libros, que harían las instancias y los jurados correspondientes durante años venideros para las bibliotecas del aula y otros proyectos. La investigación filológica pura, por ejemplo, simplemente pondría a circular en ediciones accesibles y apropiadas las muchas narraciones que hablantes de las distintas lenguas de México han creado durante cientos de años y que investigadores nuestros han rescatado del olvido y traducido al español. Las biografías, las antologías, las ediciones de relatos breves con ilustraciones son otras alternativas para dar

a conocer a autores que, como Victoriano Salado Álvarez, fueron figuras capitales de la cultura mexicana y ahora sufren un injusto abandono del que poco a poco la investigación historiográfica y filológica va librándolos.

El filólogo de hoy realiza labores de rastreo en bibliotecas y hemerotecas, rescata documentos valiosos y les aplica técnicas de paleografía y fijación, asume decisiones editoriales, colabora intensamente con quienes se encargan de la manufactura del libro en sus diferentes etapas, propone estrategias de difusión y distribución (consciente de la especificidad de cada obra filológica), escribe artículos para revistas especializadas nacionales y extranjeras, elabora solicitudes para proyectos institucionales o interinstitucionales de investigación, prepara cursos novedosos en cada semestre, imparte clases, corrige tesis

y en general asesora constantemente a los alumnos; asimismo, asiste a reuniones de trabajo convocadas por las autoridades de su dependencia. Por si fuera poco, debe pensar en la ardua y cambiante relación entre la filología y el mundo contemporáneo.

La biografía es un tipo de obra que se ubica entre la investigación pura y la aplicada: comparte con la primera el rescate de documentos desconocidos para los especialistas y la fijación y presentación sistemática de lo mismo; comparte con la segunda el propósito de aprovechar otras pesquisas ya realizadas y las entrega a un público amplio, dispuesto a conocer los avances de la filología si éstos se ofrecen en modalidades accesibles. (Una de las mejores colecciones de nuestra casa de estudios, la Nueva Biblioteca Mexicana, se ubica en los estantes más altos de la librería Julio Torri; la investigación aplicada a través de biografías y otros productos sería una manera indirecta de hacer que los lectores comunes volvieran la vista hacia esos estantes que son inaccesibles sin una escalera; allí se atesora una parte fundamental del saber filológico puro.)

El lector mexicano gusta por tradición de textos que le cuenten alguna verdad; esto es, privilegia las narraciones con base histórica. De ese modo, el lector se entretiene y aprende. Gracias a los archivos de la universidad y a la experiencia de nuestros investigadores, las biografías que

se realizaran con el sello de la UNAM –tal vez en coedición con otras instancias– alcanzarían una calidad y una repercusión muy superiores a las que exhiben las biografías más comunes hoy en el mercado.

A propósito, pese a todas las distorsiones y exageraciones que lo llevan a suponerse equivocadamente modelo y cúspide de la sociedad entera, el mercado responde aun así a un valioso principio de racionalidad. La investigación

aplicada en humanidades se encuentra en circunstancias óptimas para que se escriban, editen y pongan en circulación aún más libros de los ya existentes, con la certidumbre de que encontrarán un público atento y generoso. En un diplomado que organicé hace poco sobre historia y filología en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, advertí que los asistentes se arrebataban nuestros libros de las manos.

La biografía es un tipo de obra que se ubica entre la investigación pura y la aplicada: comparte con la primera el rescate de documentos desconocidos para los especialistas y la fijación y presentación sistemática de lo mismo; comparte con la segunda el propósito de aprovechar otras pesquisas

Una de las ventajas de someter algunos de nuestros productos a la dinámica, y hasta a la dialéctica de la oferta y la demanda de alto nivel, consistiría en que los lectores reales se convirtieron en dictaminadores tácitos del valor de nuestras investigaciones aplicadas y nos ayudaran a depurar y afinar los criterios que nos guiaran –o guían– al elaborarlos. De ese modo, no ocurriría que algún individuo distraído o simple tomara de pronto la pluma y cayera en la fácil tentación de erigirse en fiscal sin tener luces suficientes para incidir en fenómenos sin duda difíciles.

El lector común es el juez último de cada libro. La obligación de la filología es poner a disposición de él a nuestros clásicos desde todas las perspectivas y presentaciones posibles. ☞

